

ción típico en el apostolado de nuestros santos americanos y de Roque González en especial. Integración entre los hombres de cualquier raza; integración en las instituciones que fundaba y lo trascendían; integración en la cultura. Estos hombres de Dios no sólo fundaron corazones y ciudades sino también plasmaron cultura.

8. El Beato Roque González de Santa Cruz cae mártir de su trabajo, se funde ceniza en la tierra que tanto amó. Fue víctima de la conjura de Ñezú, el cacique jefe principal del Yjuhi y sus hechiceros. La historia siguió andando... y los hechiceros y caciques de turno siguen atentando contra los valores fundamentales de nuestros pueblos, esos valores plantados en su corazón y su memoria con la fuerza de la cruz, la ternura de María y la presencia Eucarística de Jesús. Pero nos cuenta la historia que el Corazón de Roque siguió hablando, siguió creando conciencias, consolidando corazones y destruyendo hechicerías.

Que nuestra piedad y convicción de cristianos le haga sitio en nuestra Universidad del Salvador a esa voz de "Adelantado de América", en los corazones de sus alumnos, docentes, administrativos, directivos, familiares y amigos. Y esa misma voz, nos defiende de los caciques y hechiceros que actualmente y con falacias, buscan la destrucción de los grandes valores plantados en nuestro pueblo por nuestros Santos.

Discurso pronunciado por el Señor Rector de la Universidad del Salvador, Licenciado Juan Alejandro Tobías, en la inauguración de las II Jornadas sobre la Evangelización de América¹

10 de Octubre de 1988.

Señoras y Señores:

La Universidad del Salvador se hace un honor en compartir con la Universidad Católica Argentina la organización de estas Jornadas y en recibir la distinguida presencia de Ustedes en la inauguración de las mismas.

Por primera vez en la función que ejerzo, me corresponde participar en la iniciación pública de actividades conjuntas con aquella Casa de Altos Estudios, y lo hago con alegría.

La realización de las IIas. Jornadas sobre la Evangelización de América, resulta por sí misma explicable tratándose de las dos Universidades Católicas de esta ciudad.

Considero, sin embargo, provechoso dejar señalado desde ahora la importancia que ese tema eminente tiene para la cultura superior.

Me resisto a admitir que la vida de nuestras Instituciones deba quedar limitada al estudio de su jurisdicción exclusiva, tal como reducirlas a las carreras de grado, ya que la consideración de sus problemas propios hace necesaria su vinculación con otros órdenes más elevados como el que aquí nos reúne. Traigo en esto no sólo convicciones muy definidas, sino imperativos consagrados en la carta constitutiva de la Universidad que represento.

¹ Las II Jornadas sobre la Evangelización de América (Buenos Aires, octubre de 1988) fueron organizadas conjuntamente por la Universidad Católica Argentina y la Universidad del Salvador.

Concebimos la labor de las universidades del mismo modo que reconocemos una ciencia de las cosas humanas con sustento en la virtud; es decir, aquello que hace más humana la vida del hombre.

Si pensáramos la universidad de otro modo diferente, se correría el riesgo cierto de que los claustros emplearan su tiempo, unas veces, en elegir para la educación asuntos reducidos y de segundo orden, siempre que permitieran alcanzar el grado de exactitud, claro y distinto, trazado como arbitrario ideal científico; otras veces, se intentaría que la enseñanza asemeje a una tecnología ideada para producir ciertos resultados en quienes estudian, a la manera de un proceso mecánico; otras, por último, se dedicarían los exclusivos empeños a teorías, no sólo erróneas, sino absolutamente vacías, con lo cual la vida académica queda condenada a discusiones inútiles.

Nuestra aspiración, por el contrario, está dirigida a armonizar la ciencia con la fe y la virtud, sabiendo que de ese modo los futuros profesionales serán capaces de desempeñarse con más profundos y seguros conocimientos, y con más eficaz práctica en los asuntos.

La ciencia verdadera está hermanada con la fe, y entender lo opuesto, procurar la ruptura entre las mismas, lleva necesariamente a los peligros y las desviaciones que antes señalara en la tarea universitaria. Si nosotros advirtiéramos que estas desviaciones suceden desde hace poco, no nos sorprenderían tanto, porque las atribuiríamos a cierto gusto por lo novedoso; pero acaso, hay quien ignore que la ruptura entre las ciencias y la ética ha sido postulada como estandarte con mucha anterioridad y hasta con razones más falsas que las actuales.

Esta problemática toca el núcleo de nuestra vocación universitaria. En qué consiste nuestra tarea universitaria.

Miremos la herencia cultural clásica y cristiana que tiene disponible a nuestra diligencia el espejo de una educación íntegra. Su finalidad es el amor a Dios y el ejercicio de las virtudes, es decir, la realización del hombre en cuanto hombre, y a esto habrán de subordinarse los otros propósitos.

No será válido deliberar sobre educación sin que se consideren los fines y las intenciones, lo cual supone reconocer la dignidad trascendente de la persona humana. La ayuda educadora participa de un proceso, cuyo agente principal es el mismo sujeto que aprende.

Es deber de la universidad auxiliar la búsqueda de la verdad en los asuntos divinos y humanos; es deber de las facultades y escuelas guiar aquel movimiento gradual por caminos seguros hacia adquisiciones ciertas; es deber de las cátedras y sus maestros exponer el discurso de la razón que dispone, estimula, dirige y ordena; pero pertenece a la capa-

cidad principal y creadora del educando, reflexionar por cuenta propia y madurar su pensamiento.

Tal es la educación que tiene por norte la idea de un hombre cristiano, de un hombre de bien, armado de todas las virtudes y estimado por ellas.

No ignoro que resulta difícil mantener la plena vigencia de esta idea en el obrar cotidiano, cuando corren tiempos adversos como los actuales.

Sin embargo, he de traer en mi apoyo el ejemplo de lo sucedido en esta materia durante una época de dificultades tanto o más graves que la del presente; me refiero al siglo XVI.

También entonces se vivían episodios de dolor para la Iglesia y para la sociedad. Al grito de la reforma protestante se encendía la tea de la rebelión contra la más sagrada autoridad; y bajo su influjo se extendía al campo de las ciencias, de la política práctica y de las costumbres; bajo un lujoso aparato de erudición se desnaturalizaba el conocimiento de la antigüedad clásica; todo se empleaba para sostener los errores y poner en peligro al pueblo fiel aún en las regiones del nuevo mundo.

Dios no dejó que faltasen a su Iglesia los remedios para tan conmovedora crisis.

Debo tratar aquí el aspecto particular de la lucha llevada a cabo en la educación por la Compañía de Jesús, y que culminara en un programa de estudios, verdadero monumento pedagógico, conocido como "ratio studiorum".

San Ignacio sabía bien que en el orden de los conocimientos humanos, el arma contra los errores de la Reforma era la ciencia, concebida como sabiduría: la ciencia verdadera hermanada con la fe, lo cual significa estudio, oración, contemplación y acción.

A la luz de tal convencimiento se redactaron primero las disposiciones sobre enseñanza en las Constituciones de la Compañía y se formularon las bases sustanciales del plan de estudios, cuyo desarrollo ulterior dejó a sus sucesores.

Son conocidos el celo y diligencia puestos en el largo proceso de elaboración que llevó a sancionar la "ratio studiorum". El mero recuerdo de los procedimientos empleados, donde se unieron principios científicos, consejos de prudencia y probanzas de repetidas experimentaciones, habla del mérito de esta obra, recomendada además por la fecundidad de sus resultados. Ella puede ser considerada un compendio de la doctrina y la práctica de la educación católica hasta ese siglo.

La respuesta que entonces supo darse no eludió, por cierto, el torbellino de los nuevos peligros, no consistió tampoco en preceptos rígidos que intentaran reglar la educación de una vez y para siempre, con olvido

del lugar, del tiempo y de las circunstancias; pero la "ratio studiorum", surgida en un período de agitación y vacilaciones, no se resintió del medio que la rodeaba y conservó sin extraviarse el rumbo seguro de la pedagogía cristiana de siempre.

Este ejemplo impele hoy nuestros ánimos a celebrar el V Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América, pues el recuerdo de la epopeya que nos diera origen servirá de emulación y guía a nuestros actuales esfuerzos y contribuirá a la perfección moral y formación sólidamente religiosa del hombre de bien, del hombre cristiano que anhelamos para los nuevos tiempos.

Esto es así, porque Hispanoamérica ve la luz en el marco de una empresa que en su sustancia tiene sentido misional. Es cierto que provenimos de la España Universal, en cuyos dominios nunca se ponía el sol, capaz de magnas realizaciones materiales, elevadas obras de pensamiento, y valerosas acciones de sus capitanes. Pero no es menos cierto, que tales logros podrán ser comparados con los de otros pueblos en la historia. No sucede lo mismo en orden a la Fe; allí están las raíces de nuestra identidad, y por lo demás, ellas volverán a proveernos de aquellos otros beneficios, si sabemos cuidarlas y fortalecerlas.

La Universidad del Salvador encuentra en los estudios sobre el V Centenario una particular significación, pues tiene fijados en su Carta de Principios tres rasgos salientes: la lucha contra el ateísmo, el avance mediante el retorno a las fuentes y el universalismo a través de las diferencias. Es manifiesto que la gesta americana brinda apropiada ocasión para aplicar cada uno de aquellos principios. Estos principios: lucha contra el ateísmo, avance mediante el retorno a las fuentes y universalismo a través de las diferencias constituyen para esta Universidad la hoja de ruta legada por la Compañía de Jesús a través de la persona del entonces Provincial R.P. Jorge Mario Bergoglio.

La crisis del ateísmo moderno consiste en su incapacidad de comprender el sentido trascendente, religioso, de los fenómenos históricos y sociales. Esa incompreensión queda demostrada, quizás mejor que en ningún otro, en el caso hispanoamericano, cuyo estudio refuerza nuestra confianza en la anhelada reevangelización de América.

El segundo de los principios constitutivos de nuestra Universidad tiene también aplicación cuando se trata de reconocer el acervo cultural del continente, representado por su culminación en el pensamiento y las artes españolas del siglo de oro, y a la vez por las varias culturas indígenas, porque tanto una como otra vertiente han contribuido a la conformación del mestizaje americano, y ambas unidas son el fundamento de nuestra identidad como pueblo.

En fin, de qué manera mejor podrá afirmarse el universalismo a través de las diferencias, si no es reencontrándonos con las particularidades culturales de nuestros orígenes, máxime cuando éstas son de tal riqueza, y nos exhiben además el ejemplo de las misiones jesuitas, donde los pueblos indígenas, desarrollando su individualidad, pudieron integrarse en lo universal a través de una Fe sentida como propia.

He querido recorrer sumariamente las diversas razones por las cuales los estudios sobre la evangelización americana constituyen una tarea principal de la universidad de nuestro tiempo.

A ella le compete, frente a la situación que aflige a todo el continente, reivindicar a la Fe como mejor pedagogía, y a la virtud como mejor auxilio para la adquisición de la ciencia.

Que el egoísmo no sustituya a la abnegación de los futuros profesionales; que un equivocado concepto de utilidad no se recomiende en lugar de lo honesto; que el error no se instale en la cátedra; en fin, que la mentira no se arrogue los derechos de la verdad.

Sólo el conocimiento profundo de la evangelización de América nos posibilitará un encuentro con la cultura de la que provenimos, a fin de seguir creciendo en esa direccionalidad. Si aquella misión fue cumplida bajo la inspiración de Dios, tomemos enseñanza de su ejemplo y podremos alcanzar también los frutos que hoy son objeto de nuestra admiración.

Agradezco a su Excelencia Reverendísima, Monseñor Dr. Antonio Quarracino que haya honrado esta ceremonia, aceptando dictar la conferencia con la cual se inician las II Jornadas sobre la Evangelización de América.